LADISLAO GRYCH

DESDE EL MONTE DEL SEÑOR ⁽¹⁴⁾

Por una Comunidad que seguimos buscando.

Hace tiempo que deseo escribir sobre la Comunidad; por eso, vuelvo al Evangelio de san Mateo con sus textos; no obstante, me detengo en el aire del primer Sermón de Jesús, y hago esas pequeñas aperturas. Si ahora pienso en las comunidades, también un poco sueño; ¿será que quisiese ver esa comunidad en algún lugar, y que tuviese su Nombre? Terminó el escrito el 2 de febrero de 1994.

PREFACIO

Varios escritos anteriores iban preparando el sendero para que surgiese este ensayo, sencillo en su forma.

Luego de plasmar *“Tu Luz llena mi vida”* y *“Vivir entre los Hermanos”*, presentí la necesidad de concluir el texto *“Abre, Señor, nuestros corazones”*; y luego pensé en este escrito, continuando desde la familia hacia la comunidad.

Nos detenemos en la familia para hablar de los valores que se cultivan en ella, de lo que la sostiene y aún genera una nueva fuerza; si es que la familia lleva sus vivencias, está abierta a la sociedad, para generarlas en el ambiente.

Y lo mismo es con la comunidad.

La dimensión de la comunidad es clara en la Enseñanza de Jesús; aún, la vemos en el camino que Él recorre con sus discípulos, cuando el pueblo viene y se va, se entusiasma y se retira; cuando no tiene suficiente luz para poder seguir a Jesús, pero tampoco se olvida de Él.

Esas dos realidades están en una comunidad cristiana casi supliéndose; si viene mucha gente, corremos el riesgo de olvidarnos del pequeño rebaño; otras veces, cuando se van muchos, hay un espacio para algunos que siguen a Jesús, y ese tiempo es muy importante.

Nos apuramos para llegar a aquellos que ya no vienen a la Comunidad y quizás, es la hora para el pequeño rebaño de Jesús; por eso, los que lo comprenden, se quedan serenos; a lo mejor, hay que llegar al Cenáculo, luego, al lugar de la Cruz, y lo más sorprendente viene aún más tarde.

La Palabra de Jesús desde el Monte, sirve de guía en estas reflexiones; que el Señor nos bendiga.

1. LA PALABRA DEL SEÑOR

a. ME DEJO LLEVAR POR TU PALABRA

Los discípulos se acercan y Él expone su Mensaje frente al pueblo, porque su Palabra es para todos; y no sé si todos la comprenden, sospecho que no; es un modo de hablar muy misterioso.

Todos están atentos: hay un silencio muy prolongado, para sembrar las semillas del Reino en el corazón del pueblo.

El pueblo apenas las presiente; pero algún día verá mejor la misión de los discípulos.

Si el pueblo escucha, su corazón presiente la Gran Obra del Señor; así lo creen y lo sienten los discípulos.

Al que se deja llevar por las Bienaventuranzas, el Señor lo conducirá muy lejos.

No hay que apurarse con el juicio, cuando Jesús pronuncia la Palabra; pero sí hay que permitir que la misma golpee el corazón, quizás, por mucho tiempo.

Algún día, Jesús despertará de veras, el gran Pensamiento que iluminará las mentes, transformará los corazones y se hará carne de las vidas.

Entonces, llegarán a una nueva comprensión que viene del Señor; porque hay que vivirlo, y luego se lo comprende.

Me dejo llevar por tu sagrada Palabra, Señor; tan sólo sigo escuchándote.

Hace tiempo que pronunciaste la Palabra del Reino; hoy, me parece que la comprendo cada vez menos.

Antes, buscaba mi modo de comprenderla; entonces, en lugar de acercarme a ti, estaba cada vez más lejos.

Mi camino y mis pensamientos me alejan de ti, Señor.

¿Qué puedo esperar, tan sólo que no te comprenda?

Pero si acepto mi pobreza, Tú empiezas a obrar, y la obra tuya, Señor, puede ser aún más grande.

¿De qué felicidad me hablas?

Quise mi felicidad, la buscaba por todas partes; ahora, voy acostumbrándome a vivir como puedo.

Ni siquiera sé qué es soñar; la rutina y la resignación son mi pan de cada día.

Soy como un pájaro que aún se queda en la tierra, pues le cortaron las alas; tan sólo voy caminando, ¿hacia dónde?

No obstante, hablas de la felicidad; mi corazón se pone en estado de alerta y, por unos instantes, se detiene.

Luego, vuelve la misma resignación; pero vienen, a la vez, esos instantes de tu gracia, Señor.

Me hablas de la felicidad, donde la pobreza del espíritu y la tristeza del corazón no serán un obstáculo.

¿Quién puede comprenderlo?

Hay que vivir la pobreza y pasar las tristezas; y si en esas circunstancias, la vida se abre para ser feliz, entonces, será claro; mientras tanto, se escucha la palabra que es extraña; no obstante, está en cierta sintonía con lo que pasa en mi interior, despierta cierta esperanza, pues la despierta Jesús; su Voz es tan fuerte dentro de mí.

Nada puede ser un obstáculo, si está Jesús.

Él es el principio y despierta una nueva realidad.

No hay condiciones de la vida que impidiesen su Obra.

Cuando la vida ya está desgastada, pobre y triste, su Obra podría ser más grande aún, pero, ¿quién, de los que lo escuchan, lo comprende?

Aún les falta mucho para ver adónde Jesús podría llevar sus vidas; no obstante, lo escuchan con respeto, y lo que presienten, es muy grande.

Pues, lo que escuchan, lo sienten en sus corazones.

Lo que propone Jesús, no se entiende como una realidad

que ya podemos ver; no son los cambios como cualquiera, porque hay cierta profundidad en ellos.

Es el Proyecto que lleva lejos; Él transmite su modo de ver y de sentir, y siembra el cambio que lleva mucho tiempo, en medio de otros cambios.

Lo que Él ve, se percibe por la luz que llega al pueblo.

Ese pueblo lo ve, parece que no lo alcanza; sin embargo, lo presiente y es porque Jesús se trasmite.

Y Él llega con su Proyecto de corazón a corazón.

¡A cuánta paciencia y a cuánta comprensión se necesitan, para ver un poco, lo que es del Señor y es tan grande!

¡A cuánto sufrimiento en paz, para los que quieren estar en la Obra que Jesús sigue proyectando!

¡Cuánto tiempo para el Proyecto del Señor, en medio de los proyectos del mundo!

Es la realidad que los hombres van a ir descubriendo; y la verán, cuando sea necesario.

Mientras tanto, surgen muchos proyectos que aún querrán adueñarse del Proyecto de Jesús; pero si aún no llevan la misma fuerza ni la misma luz, ¿para nada sirven nuestros esfuerzos?; quizás, para poder descubrir, algún día, que lo nuestro no nos lleva a la grandeza, y para que el Proyecto de Jesús sea aún más claro en la historia.

Pasan varios siglos de leer las Bienaventuranzas de Jesús; buscamos algún modo para comprenderlas, y estamos ante lo nuevo; es como si hoy, Jesús debiese comenzar.

Los tiempos llevan las Bienaventuranzas a todo el mundo, no hay un lugar que no las haya escuchado.

El pueblo sigue atento, ¿qué es lo que proyecta Jesús?

¿Se abrirá el mundo ante su Proyecto, lo hará de corazón?

Parece que nos quedamos con un nuevo sueño, y el mundo sigue despertándose; los acontecimientos nos sirven para escuchar a Jesús; quizás, como Él quiere que escuchemos

su Palabra.

Tú Señor, estás por encima de todo.
Tu verdad está por encima del pensamiento del hombre, y
lo tuyo está más allá de los proyectos del mundo.
Sin embargo, quieres que los hombres lo alcancen, que se
pongan en tu Obra por el bien de la humanidad.
Tu Palabra penetra los corazones y prepara las respuestas
que se comprenden cuando tú obras de verdad.
Pues de otro modo, el pueblo no podría responderte.

b. TU PALABRA ES SAGRADA

Tu Palabra, Señor, es mi pan cotidiano.
No bien me levanto, la escucho con atención.
Mis manos están bendecidas; tú las ungió Señor, antes de
que abriesen tu Palabra Sagrada.
Como espero la aurora, así te espero, Señor.
Que me des tu seguridad; pues sin ti, mis pasos vacilan.
Soy como el niño que hace cosas de pequeño.
Si me llaman, es que se acuerdan de mí; quieren ver dónde
estoy; entonces, necesito que me llames, Señor.

No bien abro tu Palabra Sagrada, siento tus pasos, Señor.
Eres un jardinero que camina; te estoy buscando.
Escucho tu voz, siento tu aliento; aún sigo buscándote.
Cada Palabra tuya está llena de vida; y de esta manera, me
sostienes, me alimentas.
Te agradezco, Señor; no sé responderte, sólo te agradezco.

¡Cuántas veces te busqué desesperado!
No sabía qué hacer, hasta que oí tu voz.
Y me sorprendiste, mientras que tu voz me calmaba.
Estás de un modo tan entrañable, que cambias mi realidad.
Tu voz es mi vida; hoy, te espero más que antes.
Pero tú siempre llegas a tiempo.

En la medida en que entras en mí, tu Palabra es más clara;
expresas lo más íntimo de tu ser.
Y no puedo verte, si mi corazón está encerrado.
Mis labios pronuncian, mi corazón vibra como si estuviese
frente al lago; voy entrando en tu profundidad; sólo sé que
tu Agua es inmensa.
En ella, veo mi rostro y se alegra mi corazón.
Sé que me guardas dentro de ti, en medio de tu Amor.

Escucho tu Palabra, presiento que me va transformando.
Me sigues recreando con tu poder de siempre.
No sé hasta dónde me llevas.
Veo que, desde ti, Señor, mi vida se halla, se realiza según
tu Proyecto.
Quiero escucharte atento, mientras me perturban los ruidos
del mundo y de mi corazón.

Y cuando ya vuelva a oírte, Señor, en tu Monte Sagrado,
mi corazón no esté tan sorprendido como antes.
Aún sigo familiarizándome con tu Palabra.
A cada rato, me detengo y veo que golpeas en mi corazón;
es tu obra en mi vida.
Algún día, te escucharé como quieres que te escuche.
Te responderé, cuando prepares mi corazón tan pobre.
Entonces, tu Palabra dará frutos, y se alegrará mi espíritu.

Tu Palabra, Señor, sostiene el cielo y la tierra; y es la que
pronunciaste en el tiempo y en el espacio.
Quieres transformar al mundo, mientras Jesús la anuncia; y
cuando llegue a mi corazón, estaré en tu Proyecto.
¿Cuánto tiempo Señor, para que mi corazón se transforme
en tu nueva tierra y asuma tu Palabra?
¿Cuánto tiempo aún, hasta que tu Palabra dé semillas, para
sembrarlas en otras tierras de tu mundo?

2. SERÁN LA SAL Y LA LUZ DEL MUNDO

Jesús es la sal y la luz del mundo, pero necesita estirar sus brazos y su corazón, para llegar a todos.

Él desea hundirse en toda la realidad y, de este modo, la transforma y conserva los valores del Reino.

Su Obra se realiza en medio del pueblo donde germinan los discípulos de Jesús.

Si bien el pueblo es como el viento, viene y mañana se va, ellos deben ser fieles para siempre; si hubiesen faltado, el mundo se habría confundido aún más.

El discipulado llega a ser la luz de Jesús, para el pueblo y para la humanidad.

Llega a ser la sal con un sabor particular.

La luz no confunde; será para aquellos que la buscan; ellos la descubrirán.

¿Están los discípulos de Jesús en todos los tiempos?

Existen períodos, cuando el Reino y el mundo tienen más claridad por lo que podría ser el discipulado; aparecen los enviados con la luz, con el poder del Señor; de este modo, Él renueva el discipulado y el Reino.

Quien no lo ve, es porque no quiere reconocerlo.

En el tiempo de la crisis en el Reino, viene la renovación; entonces, el Reino encuentra su propia gracia.

Aparecen los discípulos de Jesús; resurgen la fuerza y la confianza en el Señor; y mientras resurge un nuevo viento, renace la esperanza para los tiempos que vienen.

Parece que seguimos esperando un discipulado renovado; y si llega, comienza en aquellos, a quienes el Señor inspira por la renovación del Reino.

a. ¿HASTA DÓNDE LLEGA LA PALABRA?

Jesús levantó su mirada.

Les dijo: "ustedes son la sal de la tierra".
Hubo un silencio muy extraño.
Ocurre así, cuando no se ve nada y se debiese comprender todo, cuando la realidad es demasiado grande.
No obstante, la Palabra está dicha.
¿En qué tiempo piensa Jesús?; no lo sé, pero ya comienza.
"Ustedes son la sal de la tierra", al escuchar la Palabra.
Quizás, se precisa mucho tiempo, hasta que la sal alcance a la tierra, pero la misión empieza en el Monte, y con esta Palabra.

¿Hasta dónde alcanza la Palabra de Jesús?
¿Quién podrá mirar tan lejos, para ver la realidad?
¡Cuánta fuerza contiene la Palabra, si el pueblo la escucha con tanto respeto!
El viento lleva el Mensaje que penetra el mundo.
El Espíritu desciende a los corazones que escuchan.

La sal debe guardar su frescura, pues para nada sirve la sal sin sabor; ¿y qué gusto daría al mundo?
No sé si la aceptaría; ¿y para qué?
Pero hay un nuevo sabor que el mundo necesita; y cuando se dé cuenta de la nueva sal, la buscará.
¿Será entonces, descubrir la vida que viene de Jesús?

El Mensaje es claro; pero hay que respetar su tiempo.
Mientras tanto, ¿cuántas transformaciones hará el Señor?
Y todas deben llegar a aquellos que entren en el Proyecto, que Jesús traza frente al pueblo.
El pueblo lo escucha con respeto, aún asume el viento del Espíritu; mientras tanto, Jesús está con sus discípulos.
Cuando lleguen a ser la sal de la tierra, el pueblo recordará la Palabra.

¡A cuántas transformaciones debe llegar el hombre, quien ha perdido el sabor del Señor!; ¡en qué tiempo!

Jesús tiene todo claro; los demás presienten el Viento de lo nuevo, tan fresco.

Desde que lo escuchan, se inicia el nuevo tiempo, un largo camino de las transformaciones, por medio de la Palabra.

Si Él les dice: “ustedes son la sal”, ellos ya son la sal de la tierra; pero aún deben esperar.

No creo que la sal, por sí misma, descubra su sabor.

Si la usan y la necesitan, es porque sirve.

Sería muy triste para los cristianos, si este mundo llegase a rechazarnos, como cosas que no sirven más.

Pero la sal recupera su vigencia, se nutre en la fuente de la Palabra de Jesús, Quien llega a las vidas.

Y Él sigue renovándonos constantemente.

La comunidad cristiana puede ir renovándose en la Palabra de Jesús, Quien contiene el poder para recrearla; y de esta manera, Él viene y la transforma.

Hay que creer en el poder de la Palabra.

Aún, hay que ver el crecimiento de la comunidad, cuando recibe la Vida de Jesús; es que debemos descubrir el valor de la Palabra, para poder nutrirnos con Ella.

Pues, es el Alimento de la Vida y la Misión.

La comunidad necesita hallar su Palabra justa.

Como el Pueblo elegido siempre tuvo la Palabra del Señor, la comunidad cristiana desea resguardar la misma vivencia y aún más, mientras encuentra la Palabra de Jesús.

¿Qué tiempo necesita, hasta que halle su Palabra?

Aún, al darse cuenta de que el Señor habla, que le escuche y que le responda.

¿Cuánto tiempo necesita, si lo busca de verdad?

b. LA LUZ ESTÁ EN LAS RAÍCES DEL MUNDO

El Monte de Luz resplandece; la Luz se expande.

El Señor viene de los Cielos; los que lo escuchan, lo ven.
La Luz llega; va prendiendo en los corazones.
¿Adónde la llevarán?
Si creen que son la luz, todo el mundo la recibe del Monte
del Señor.

¡Cuánta fuerza y cuánta vida se expanden!
¡Quién pudiese pronunciar una Palabra semejante!
Es la hora del Señor para que Jesús la pronuncie; para esta
hora ha venido al mundo.
¡Cuánto tiempo ha transcurrido, cuántos profetas hablaron,
para poder llegar a la Palabra de Jesús!
El pueblo la escucha con mucha atención.
Es la Palabra que permanece en el tiempo; y se proyecta el
destino del mundo.

El silencio se expresa por su cuenta.
No se puede decir nada, ante la Palabra.
Se precisan largos tiempos, se moldean los corazones con
la Luz anunciada.
La Luz va a transformar las vidas.
El Señor se manifiesta y el pueblo ni siquiera reacciona.
Es muy grande su Palabra, en el mundo creado por Él.

La Luz está en las raíces del mundo.
Sembrada en los corazones de los que responden a Jesús.
El Señor recrea el mundo que llegó a ser oscuro; por eso,
habla desde su Monte.
El Monte está iluminado por los tiempos que vienen, hasta
que la humanidad pase de la oscuridad a la Luz.

¿Cuánto tiempo necesitas Señor, para que mi corazón se
haga tu Luz, que sería plena?
No lo sé; pues tú tienes otra visión.
Tu Obra es tan grande, que sobrepasa mis sueños.
Aún no sé ver adónde la llevas dentro de mí; no obstante,

para que puedas enviarme al mundo, quieres que llegue a ser tu Luz en mi vida, que es tuya.
Entonces, tu Luz no podrá esconderse.

Quieres que tu pueblo no baje del Monte; que se quede por los tiempos y por los que irán a buscarte.
Algún día, muchos se encaminarán hacia tu Monte de Luz; y lo llamarán así.
¿Sabrán cuál es tu Monte?; en tu tiempo, lo reconocerán.
Serán tu Pueblo de Luz, que se reunirá de todas partes.

Jesús elige un pueblo, anuncia nuevos tiempos.
Cuando llegue la hora, todos los pueblos escucharán la voz y llegarán a presentarse delante del Señor.
Será el gran Día; se manifestará en el mundo, la Gloria del Señor, como jamás había ocurrido.
Ese pueblo que escucha a Jesús, es testigo de los tiempos que están por llegar.

3. UNA LEY PERFECTA

La perfección no busca tan sólo la destrucción ni algunos cambios que fuesen apurados, sino más bien, promueve la Vida en medio de las crisis; entonces, si la realidad que fue muerta, ahora resurge, ¿qué más podemos esperar?

Los cambios revolucionarios que ocurrieron en la historia, aún traían desastres; venía el tiempo de dolor, de heridas y de odios que no terminaban; la mayoría de esos cambios no tenían nada que ver con los principios espirituales; al contrario, se les oponían y se hablaba de la muerte de Dios en el mundo.

Jesús es un pacifista en pleno sentido de la palabra, a pesar de que su Mensaje despierta guerras en nuestro interior y después, frente al mundo que nos rodea.

Él desea enfrentar a la realidad, con la fuerza que viene del Espíritu; pues no hay otro camino que valga, si buscamos los verdaderos cambios; los otros nos dejan con la ilusión.

Los que, de veras, luchan por la transformación, asumen a la realidad; pues no sirve tan sólo destruirla.

En la medida en que la fuerza espiritual la penetra, toda va recuperando vida y también, las leyes y las normas la van encontrando. Es como con la savia que recibe la planta; la savia penetra y transforma donde llega; pero si no lo logra, se caen las hojas y las ramas, con el tiempo; ellas precisan de ese tiempo, antes de que se caigan, para no herir a la parte que vive. Luego, la planta asume lo que ha muerto, para un nuevo crecimiento.

Hay que buscar la Inspiración, para poder ver el camino de los cambios; a la vez, actuar con mucha paciencia, cuando recibimos la Gracia; así aún, podemos transmitir la Visión que Jesús nos da para los hermanos.

Antes, veamos la plena transformación en nosotros, la que

nos viene del Señor; es que si no la vivenciamos como Él la proyecta, no sabemos ponernos al servicio de Jesús, ni compartir su Obra en el mundo.

¿Con qué luz y con qué comprensión habla Jesús, para que el pueblo y sus discípulos lo comprendan?; si es que a alguna realidad aún podemos ir viendo con el tiempo que transcurre, al fundamento del Señor hay que construir ya; es cuando su gracia toca muy hondo a nuestro ser.

El llamado nos viene como una gran urgencia, como si no se pudiese esperar más; y sólo hay respetar el modo de los cambios, e intuir los tiempos del Señor.

Jesús ha venido del Padre.

a. LA LEY DE LOS CORAZONES

La Ley está en nuestros corazones; y como el Señor nos había creado según su Proyecto, a la Ley la descubrimos para dejar que la Vida se abra según el Señor, y con Él, los corazones se despierten; es muy grande lograr ver que la Vida es como el fluir del Agua del Señor que pasa por nuestra tierra.

Cuando la Vida se desgasta en nuestro interior, empiezan a actuar otras leyes, porque de algún modo, hay que llevar la vida, a veces, forzándola, obligándola y castigándola con las consecuencias que trae la ley; y como el hombre no es perfecto, la ley en sus manos, se hace como un arma de la opresión.

Las leyes religiosas, si pierden la vigencia del Espíritu del Señor, corren el riesgo, pues el hombre invoca al Señor, pero ejerce su propia ley, aún la mezcla con su debilidad; con el orgullo, con la ceguera y sus intereses; entonces, ¿adónde llegan la ley y el hombre?

¿Cómo se proyecta el cambio en medio de la realidad?

No es un proceso sencillo ni hay soluciones rápidas; es que el cambio muy apurado nos promovería a tirar todo, y la destrucción nos llevaría a ciertos desiertos; cuando no hay Vida en el interior de la persona, la ley humana tiene otro sentido, es como en el tiempo de emergencias.

Entonces, ¿para qué apurar los tiempos?; que venga por su cuenta lo que debe venir; a la vez, hay que ir despertando la visión que nos viene del Señor, y aún sembrarla en los corazones que la presienten; porque los corazones intuyen la Obra del Señor, y los que le responden, lo hacen cuando deben responderle, cuando les llega la Voz de los Cielos.

No es sólo el caso de los mandamientos, que hasta podrían transformarse en signos de la opresión; no sólo del Señor, sino aún más de los hombres; y viene la cantidad de esas normas que surgen para sostener la vida.

Aún los sacramentos podrían verse como los que oprimen; no es que sean así en su esencia, sino que los hombres los podrían llevar a ese modo de comprensión.

Los que están tras los sacramentos, pueden exigir y forzar, cuando el pueblo les responde con cierto rechazo e intenta otros modos para hallarse con el Señor, en medio de una realidad que suele presentarse muy triste.

El cambio viene desde la profunda comprensión; aún, por comprender a aquellos que actúan como lo saben hacer, y por ahora, no podemos esperar otra cosa de ellos; a la vez, hay valores que se deben rescatar para entrar en un nuevo orden de la Vida; y no es tanto destruir, sino más bien, alimentar las vivencias con la savia de Vida, para poder sembrar una nueva Vida, una nueva Comprensión, la que ni siquiera es nueva, sino es la del Señor desde siempre.

Como Él nos despierta, lo oyen los que ya lo comprenden; y no importa que aún no lo escuchen todos, pero surge la inquietud por lo real; eso significa vivir la hora del Señor.

b. EL CANTO DE LA LIBERTAD

El Evangelio está en sintonía con los deseos más hondos del hombre que busca su libertad. Si la opresión es fuerte, la búsqueda se transforma en cierta desesperación; y si no hay paz, se desencadenan las guerras; no obstante, todas ellas aún vienen en medio de cierta lógica, pues la vida desordenada tiene su propia visión, como el resumen o la consecuencia de lo que ha vivido; pues, si los principios están equivocados, llegamos a cualquier cosa.

El regreso al Evangelio nos lleva a los principios de la libertad; pero ¿quién lo entiende de tal modo, del primer instante?; porque el hombre lo descubre luego de muchos fracasos.

La libertad desea llevar a su expresión más profunda, pues ve al hombre creado por el Señor, con el gran proyecto en su corazón; la libertad debería identificarse con el espíritu que desea expresarse según su propia inspiración.

En ese gran movimiento interior, resurge el Señor con su pensamiento que ilumina la vida; pues el hombre, luego de luchar por su propia identidad, en fin, llega a su interior y vuelve al Señor; en algún momento, se componen las dos vivencias.

¿Cuánto tiempo caminamos buscando la libertad?

Mientras nos confundimos en medio de falsas libertades, la búsqueda de la verdadera es aún más urgente.

Los errores pueden llevar a ciertas convicciones, pero éstas no nos dan paz; a la vez, las falsas libertades nos distraen, nos confunden y van destruyéndonos.

Si en algún momento, el hombre entrega su libertad en las manos del Señor, es porque ya intuye el modo para poder superar su vida. Mientras tanto, hay que esperar y confiar, y pasar tiempos difíciles, hasta que aparezca la luz.

Como la vida ha cambiado, aún pasamos por el vacío muy sentido en el interior; es porque lo que vivimos, no es lo que nos llena ni nos hace crecer; entonces, nos quedan las amarguras, penas, soledades y cierto vacío que nos asusta. Uno quisiese llenarse de algo, de alguien; pero, ¿es lo que busca el hombre?; y si nos llenamos de lo que ya no nos pertenece, ¿adónde nos llevaría la vida?

De este modo, seguimos luchando, hasta encontrarnos con Jesús; no obstante, como la vida está preparada para poder recibirlo, nos lleva tiempo, hasta que Él apague nuestra sed, que nos llene consigo mismo, y que todo se inicie en el Señor.

Con Jesús, empieza a nacer lo nuevo, en armonía con los deseos más profundos; es la Vivencia que nos supera, es Jesús que algún día, nos transforma plenamente.

Pero, ¡a cuánta confianza Él debe dejar en nosotros, si aún no sabemos recibir la plena luz!; es que el sendero se confunde con la inseguridad y el miedo.

¡A cuánta paciencia y a cuánta oración que aún no llegan!
Nos queda aferrarnos a Jesús, como el niño en la noche de la tormenta; y como estamos mal, los rayos de su luz nos asustan. Y Él no explica nada; pero, al llegar al otro lado del puente, no necesitaremos que lo haga; todo será claro.

Los que dejan su libertad en las manos de Jesús, de hecho, le entregan su vida, mientras Él la reconstruye según la Gracia que les llega.

Hay un tiempo y hay un camino; es lo que los confundidos no comprenden, y tan sólo deben confiar.

La Palabra de Jesús es tan fuerte, que aún en medio de la confusión, despierta las esperanzas.

Hay que seguir alimentándolas a cada instante, aún más, cuando vacilan nuestros pasos.

4. A AMAR A TODOS LOS HOMBRES

a. LA CIVILIZACIÓN DEL AMOR

¡Quién se atreve a proyectar semejantes cosas en el mundo que busca paz por sus propios caminos!

¿Para qué sirve esta Palabra?

No obstante, como viene con la luz, no podemos dudar de su misión, porque crea un nuevo movimiento en medio del pueblo, mientras se abre hacia el mundo.

Algún día, el pueblo manifestará su convicción que surge de lo que, por ahora, está sembrado como una inquietud.

La historia resguarda los tiempos que hablan del Amor; conoce los cánticos que lo narran, son como los sueños de aquellos que sufren, lloran; y luego, aún hay que esperar hasta que los sueños prendan.

El mundo se prepara para el Mensaje de Jesús; ya llega la hora de su Palabra, con la fuerza que contiene; y es por la Gran Obra del Señor en el pueblo; los acontecimientos nos ayudan para verla y aceptarla.

El Papa Pablo VI nos habló de la Civilización del Amor; en un preciso momento, llegó la voz del profeta; si todos la escucharon, no sé si la comprendieron; fue un soplo del Espíritu, para nuestro tiempo, aún más, para los tiempos que seguimos aguardando.

El Señor sembró en el mundo; el pueblo lo escuchó y lo guardó en su interior.

La expresión "civilización" no es tan sólo alguna forma de convivencia, sino que más bien, es la vida que resurge en el corazón del pueblo.

Al hablar de la "Civilización del Amor", la presentimos, la intuimos en nuestro interior; el Amor podría ser aún, como gran deseo en medio de la nueva Realidad; es el Amor que

sembró Jesús, que promoverá la vida, según Él.

Los movimientos espirituales, en nuestros días, hablan de la "Civilización del Amor", con mucha claridad; a la vez, llegan las Vidas entregadas al Señor, que se transforman en olas promovidas por el viento del Espíritu; es que al mundo le llega la hora, a pesar de estar lejos del Proyecto de Jesús, con su Palabra del Monte.

¿Qué pasará cuando la humanidad descubra el Amor, que sea tan grande que llegue a los corazones?

Si Jesús proyecta el Amor, aún anuncia el Día de la Gran Vivencia; entonces, se alegrará el Corazón del mundo.

Si el mundo está enfermo, es porque le falta el amor.

Sólo el Amor sabe enfrentar a la humanidad, pues llega a su corazón enfermo.

La Obra de Jesús es comprensible, si estamos en medio de la transformación que Él ha iniciado; y hasta que Jesús no transforme nuestro interior, no vemos lo que Él proyecta.

Para que el mundo vea lo que debe ver, pasan cosas que se precisan vivir. Si el Amor fue crucificado, es para que la humanidad creyese en el Amor; entonces, ¿qué es lo que debe ocurrir aún, para creer en el Amor?; ¿de qué manera Jesús vuelve a la cruz, para encontrarse con el pueblo?

¿Cómo serán nuestros tiempos, y qué acontecimientos nos esperan?

b. UN AMOR PURO

El Amor es la Corriente del Gran Río del Señor, que pasa por tierras abandonadas, y donde llega, resurge la Vida en medio de los desiertos.

Quien asume el Amor, puede ver lo que el Señor proyecta, en un mundo tan trastornado por el hombre que no ama.

El Señor me hace ver, por medio de su Palabra, adónde llega mi corazón; es el Amor que supera la distancia para alcanzar los confines del mundo; es que no hay barreras definitivas contra el Amor; así, el Señor salva al hombre y al mundo; pero sin el Amor, no sirven los esfuerzos.

El Señor es la Corriente del Amor en el mundo.
Entonces, ¿a cuánta Vida contiene el Amor puro?
Es lo que deseo ver, mientras el Señor prepara mi corazón, antes de llegar a mis hermanos, pues la misión es inmensa. La Obra del Señor nos supera, cuando el Amor penetra los corazones.

Las comunidades de Jesús asumen con ciertas dificultades su Misión en el mundo donde viven.
Y si hablamos de la actividad social, somos unos más; es que muchas tareas aún no tienen principios cristianos.
En fin, si la vida está en la raíz del ser humano, ¿cuál es el fundamento de nuestra actitud frente a los hermanos?
¿La brindamos con el corazón impregnado de Amor?
¿La comunidad lo vive así?
Y si no lo vivimos, ¿hay esperanza de lo distinto?

Las comunidades crecen, Jesús sigue entrando en la vida de sus seguidores; con su Paz y su Amor, transforma las vidas y comunidades; es el proceso inspirado por el Señor, si nos dejamos llevar por la gracia.
Si en el principio, parece como un sueño en este mundo de intereses y de egoísmos, con el tiempo, aún es posible, al superar los obstáculos, tanto los de nuestra vida como los otros que vienen del mundo.

Nos cuesta ver una comunidad de Jesús; a la vez, debemos conformarnos con la realidad y caminar en un mundo que no es perfecto.
El Señor obra en medio de las realidades confusas; el trigo

y la cizaña son nuestro pan cotidiano, y están juntos para un crecimiento esperado.

Las comunidades cristianas deben llegar a ser fermento del bien, al sentir a Jesús en medio de sus presencias.

Si bien, están en medio de la expresión del pueblo, siguen demostrando los valores del Señor; no pueden confundirse con el mundo ni perder su identidad.

En nuestro tiempo, sigue resurgiendo la necesidad de las auténticas comunidades de Jesús.

Si se habla del pueblo que cree en el Señor, hay que hablar también, del fermento del Amor.

Se habla mucho, se hace bastante, se busca más aún, pues la realidad nos urge. El fermento del Amor puede alcanzar a toda la masa, pero antes debe ser fermento. En otro caso, sería cualquier cosa en medio de la masa, pero no lograría la transformación que el Señor espera.

c. JESÚS NOS COMPROMETE

Recorremos un largo camino, aprendemos a amar a todos los seres, sin poner condiciones; no es sólo la cuestión del esfuerzo, sino más bien, es recibir la gracia que supera al hombre decaído en su debilidad.

Para muchos cristianos es un gran deseo; pero en realidad, llegamos a la propuesta de Jesús, para poder asumirla; es el camino para el discípulo.

Él quiere que sus seguidores crezcan en medio del Amor, y del mismo modo, construye a la comunidad cristiana.

Luego, el discípulo siembra el Amor en los corazones; a la vez, la comunidad proyecta el clima del crecimiento en medio del Amor; va transformando el mundo con el Amor que lleva a aquellos que aceptan a Jesús.

¿Cómo vivir el Amor de modo, como Jesús nos propone?

Al ver que Él es el Camino, nos toca su gracia; y mientras soñamos en una Vida donde reina el Amor, entramos en la misión de Jesús.

Como el corazón se condiciona por otras vivencias; somos como aquellos que no se atreven a volar; y nos parece que debemos caminar en la tierra con barro.

En un mundo ajeno a los principios del Padre, nos cuesta intuir otra realidad, no obstante, cuando llega la Palabra de Jesús, nos quedamos con la nostalgia de lo que no vemos ni comprendemos, que podría ser parte de nuestra vida.

Para muchos, el Proyecto de Jesús es inalcanzable; y no le creen, porque no tienen en cuenta, ante todo, la Presencia de Amor que Él ha traído a este mundo.

Nos cuesta ver la reconstrucción de los sentimientos; aún no queremos ver cómo Jesús transforma el corazón, para poder iniciarlo en el Amor que viene de los Cielos.

Hablamos de los cambios que vienen del Padre por medio de Jesús; nos despertamos poco a poco, para adquirir la visión del Señor, tan distinta de nuestro modo de ver, de sentir; a la vez, entramos en la transformación que se inicia en la profundidad del corazón, diría, en el Señor que está presente en nosotros.

Es que en lo profundo del corazón está el Amor del Padre; quien lo descubre, empieza a vivir; pero necesita ver a Jesús.

Necesitamos ver a los que aman, por haberse encontrado con Jesús; pero no los descubrimos, sin dejar de verlos de un modo sólo humano.

Con la Venida de Jesús, el Amor camina en el mundo, pero hay muchos que no lo ven; entonces, ¿qué esperar de nuestras vidas?

No obstante, si el Señor lo tiene proyectado, aún logramos

cierta transparencia, de ser imágenes del Amor frente a los hermanos; si ellos lo descubren, inician un nuevo camino.

Los que encuentran a Jesús y llegan a amar con el Amor del Padre, resguardan la experiencia de lo que han vivido, de sus guerras, impaciencias, cuestionamientos, dudas; ya tienen clara la transformación que Él inició en su interior, también comprenden el camino ante la esclavitud que ellos sufrieron; y como lo han experimentado muy hondo, saben llegar al corazón; ellos comprenden las guerras y son muy pacientes, al ver transformarse el corazón del hermano, pues ya viven comprendiendo la vida como desde más allá de la misma; es como mirar con el Señor y amar con Él.

Voy escribiendo y pienso en las comunidades; aún más, me inquieta el Señor en mi vida.

Quisiese llegar a amar a todos; a la vez, presiento como Él moldea mi corazón, al enfrentar mis faltas de amor.

Algún día, las transforma en una gracia aún más grande.

Entonces, serían mi camino en medio del crecimiento que es comprensible con el Señor.

Y Él me da luz para ver los caminos de los hombres, las transformaciones que viven y los sufrimientos que llevan.

Mientras tanto, sigo inquieto: ¿y qué más podría esperar, si crece mi corazón?; ¿adónde me llevarás, Señor?

5. LA ORACION

a. TE BUSCO EN MI CORAZÓN

Te busco, Señor, por todas partes.

Pues, todo lo que me rodea está lleno de tu presencia.

No obstante, hasta que no logre verte en mi corazón, no puedo caminar con firmeza en esta tierra bendita.

Ahora, voy mareándome como un ciego, como un tullido que se cae a cada rato; te busco, Señor, hasta que te vea en mi corazón; entonces, será un día de fiesta.

¿Si te veo por todas partes, por qué no me animo a verte en mí, ni a esperarte para ver tu luz?

Mientras tanto, tu luz hace ver y presentir tu presencia.

Ha pasado mucho tiempo, he pensado en ti; ahora, te voy descubriendo y tú has estado desde siempre.

Sin embargo, no hace mucho que te veo.

Si apareces hoy, me sorprendes, ¿por qué recién hoy?

No lo sé, tampoco me preguntas.

Ahora, estamos de fiesta por el reencuentro tan esperado.

Uno de los pasos, es lograr convencernos que la vida debe apoyarse en la oración; pues al andar un tiempo, sin orar, nos quedamos sin aire, sin fuerza.

La convicción es apenas el primer paso; es promovida por la gracia del Señor, pero apenas es el comienzo.

Después, hay que luchar cada día y buscar al Señor.

Pues, debemos encontrarlo y con Él, ver nuestra vida.

Hay muchos que en los tiempos difíciles vuelven a orar.

Quieren apoyarse en el Señor, porque deben soportar la vida que aparece oscura, triste, y mientras pasa ese tiempo, se olvidan de Él.

Pero hay quienes inician el camino, y lo siguen; aún saben que la oración precisa mucho tiempo; pues sin el esfuerzo

y la gracia del Señor, se hace muy difícil vivir de un modo que vibre el corazón con la luz, el amor, la paz.
Es la hora para adquirir un hábito de orar, pues la oración ya no puede perderse; al lograr esta vivencia, comúnmente nos encontramos con nuestra vida.

La oración nos lleva al Señor; es mirar la vida con Él, es sentir su Presencia en medio de la realidad.
Aún nos lleva a la paz y al perdón, si la vida se halla en la oración; quien ora, llega donde el Señor quiere llevarla.
Debemos aceptar que los hermanos nos ayuden a orar; es que ellos, aún, al pasar por un tiempo difícil, nos pueden acompañar, si precisamos de su sostén.

El Señor prende en el interior, porque llega la hora de la Gracia; ahora, hay que sostenerla, dejar que Él crezca; que Él llegue a la vida, y que alcance a la debilidad en todos los espacios de nuestro ser, para transformarnos.
Si la debilidad nos desespera, preocupémonos por que Él llegue; pues, es entregar al Señor nuestra debilidad y aún, hay que ser pacientes y humildes, esperando su gracia.

Algún día, logramos ver al Señor en toda la vida, en las actitudes, en la Gracia que asume nuestro ser; no obstante, a la Vivencia debemos nutrir; es que, si abandonásemos el hábito de orar, el Señor se iría como desvaneciendo.
En fin, si orar es como alimentar Vida del Señor; quien ha gustado de Él, jamás abandona la oración.

Al don de la oración lo podemos recibir en la comunidad que resguarda la Presencia del Señor; y con el tiempo, vamos hallando nuestro modo de orar, en medio de la vida y de la realidad. Pues, si la comunidad nos abre el camino, aún necesitamos de la oración particular, la que logramos sentir como una urgencia permanente.

La comunidad que no cultivase la oración, ni la viese como el sostén para ella, pronto se confundiría; y más aún, sin la oración que despertase la presencia del Señor en la comunidad, pues no atraería a los hermanos.

Tengamos en cuenta el aporte de la oración; empecemos por la oración particular y la de las familias, para culminar en una comunidad orante, pues lo demás vendría.

Sin orar, podríamos forzar ciertos cambios que no tuvieran el sostén; la comunidad que no pudiera verse en medio de la oración, sería triste, apagada; y sería difícil despertarla.

¿A cuánta paciencia, a cuánto espíritu y a cuánta Vida del Señor hay que poner al servicio de la oración?

¿Quién podría ver eso, si aún tiene en cuenta los criterios humanos?; entonces, ¿cuánto tiempo hay que esperar?

No obstante, hay una fuerte voz que nos lleva; empezamos a entender poco a poco, el verdadero sentido de la oración. Si se habla de la misma, hay indicios de búsquedas; a la vez, se necesitan los maestros de la espiritualidad; aún es difícil encontrar a los que nos enseñen a orar, para poder convivir con el Señor en lo profundo del espíritu.

Intuimos el modo de orar que calma el corazón, que nos abre a la vida del Señor.

A la vez, buscamos a los maestros, que nos enseñen a orar según nuestra inclinación interior; que intuyan nuestro camino y que comprendan nuestra realidad; que sepan ver al Señor en la vida y en los conflictos.

Las comunidades necesitan de los que oran, pues llevan una real fuerza del Señor; antes de hablar de la oración, que oren ellas.

Hay un presentimiento de que se recuperan los valores en medio de la oración; entonces, ¿no es un nuevo Viento del Espíritu en nuestras tierras?

No nos olvidemos de que el camino de los cambios que se fundan en la oración, es lento; como los mismos son muy profundos, se requieren constancia y paciencia.

Las transformaciones son cada vez más profundas.

Para sentir la fuerza de orar, hay que esperar; pues, si la oración alcanza la raíz de la vida, lleva a la reconstrucción, y es la que esperamos del Señor.

b. AL FLUIR LA VIDA

Si bien, en el principio, la oración sería como un esfuerzo para dedicar al Señor algunos espacios, sin sentir el gusto de la misma, con el tiempo, la constante práctica se torna en una tarea privilegiada.

No es que las vivencias vienen fácilmente; pero pueden lograr realizarse, al vencer los obstáculos en el camino.

No logramos vencer todos los obstáculos, pero adquirimos cierta facilidad de superarlos, cuando la oración ya viene como una gracia; y se refiere a la oración particular, en la familia y en la comunidad.

Si venimos de una familia que se conduce por medio de la oración, a una parte del esfuerzo, la pasamos aún antes de llegar a cierta edad de luchas; nuestra vida ya se ha hecho como un camino que podría abrirse para el Señor.

En fin, vivenciamos la oración como la sed de nuestro corazón; es que la oración debe ser la parte de la vida que se reclama; como empezamos el día con el mate y vienen otras actitudes como por su cuenta, ante todo, la oración tiene su vigencia, porque nos sostiene como el pan.

La oración nos lleva a compartir con el Señor, y Él inunda a nuestro ser, lo vemos en la Vida y en las debilidades, en algún sentido, percibimos su Gracia en toda la realidad.

Él está en las alegrías y las penas, en el dolor y el engaño; todo recupera un nuevo sentido; y si la vida cambia, es por

el Señor; aún, nos inunda con su paz y su amor.

Descubrimos que la vida podría como nacer en la oración, si la misma se transforma en la inspiración. De este modo, el Señor nos ilumina ante la realidad que nos toca asumir; y como nos alimentamos cada día, la oración surge como una necesidad insustituible. Ya no la abandonamos, sino que defendemos el tiempo para orar, y lo cuidamos; y eso ocurre luego de las luchas y de la Vida resuelta en medio de la oración; ya no como lo quisimos, sino como el Señor nos había inspirado.

La oración nos abre permanentemente a la vida.

Quien ora, actúa de una manera distinta, con generosidad, con paz, con el amor del Señor.

En la oración, asumimos la realidad, nos reconciamos con ella, pues al orar, las vivencias salen a la luz, aún las que estaban escondidas en los rincones de nuestro ser; ya no pueden quedarse, si no se purifican con Agua, para lograr lo que deben ser.

Es que el Señor nos llena por medio de la oración.

La vida de la oración repercute en todas las expresiones; nos llevará a una realidad para ser distintos ante nosotros, ante los hermanos y el mundo.

Se verá el cambio, se notará la fortaleza, pues la mente y el corazón serán diferentes.

Cada actitud se hará nueva, plena del Señor.

Nos alegraremos, gozando de su presencia.

En la medida en que la oración nos vaya transformando, la gracia del Señor llegará a los hermanos, si la aceptan y se abren ante Él. De hecho, el Señor y la vivencia de nuestro corazón se anclan en los corazones de los hermanos; así, aún podemos experimentar el misterio de la gracia.

Los que acompañan a los hermanos en el crecimiento que viene de la oración, transmiten su Vivencia del Señor, en la medida en que los hermanos la puedan asumir.

Si la oración lleva a la liberación, al abrir la vida, ellos son testigos de lo que experimentan los hermanos, y reciben la luz del Señor para comprenderlos.

La oración no está separada de la vida; sólo es que la vida puede estar cada vez más plena del Señor.

Al estar con los que oran, entramos en el mismo camino, pues vemos la entrega de la vida que ellos transmiten.

Nos damos cuenta de la verdadera necesidad de la oración, presentimos lo que nos promueve a ella; lo misterioso pasa por el corazón, pues vemos al Señor que entra y el corazón se abre.

La oración es esa apertura para el Señor y para la vida; y si percibimos el cambio, nos sorprende y alegra a la vez; es que Él, tan grande, está en nosotros.

Si la comunidad adquiere un espíritu de oración, tendrá un gran espacio frente a las necesidades más urgentes.

Será como un manantial; ¿y quién no va a buscar el agua, cuando camina fatigado en medio de sus tareas?

¿Quién no necesita del agua pura?

Pero antes, la oración debe lograr la pureza del corazón, en un camino que el Señor ilumina, mientras vence las vidas.

6. LA LIMOSNA

a. EL DESPRENDIMIENTO

Es bueno analizar los motivos y los sentimientos; cómo se conmueve el corazón, al desprenderse de lo que considera suyo, si es que nos pertenece en la vida.

La realidad no se retira fácil, ha llegado a nuestro corazón con sus raíces; y si queremos separarnos de ella, nos duele en medio de nuestro espíritu.

Me acuerdo de un pobre que tenía muchos bienes.

Una vez, le pidieron una pequeña colaboración; aún veo su mano temblorosa con pocos pesos que entregaba.

Me preguntaba por qué no se había negado a colaborar, si su corazón decía que no; pero él no sabía responderle.

¿Qué es lo que le impedía?; ¿no fue su imagen que quiso resguardar frente a la gente?

Veo temblar la mano de un esclavo de los bienes y de la sociedad; y me pregunto: ¿qué se podría hacer ante esta actitud, qué sentido tendría forzar los cambios?

No quiero ir lejos ni mirar demasiado las consecuencias de una vida perdida en el mundo. Algún día, la misma se dará cuenta, será para el bien, a pesar de la hora de reconocerlo, que podría ser dolorosa. Pues, hay vivencias que se van a desvanecer, hay vidas perdidas, y se borra cierta felicidad.

Las cosas del mundo se cobran como caras, cruelmente; si el hombre entrega su corazón donde no debe hacerlo, va a sufrir consecuencias dolorosas; no obstante, cuando llega la hora, por más dura que fuese, siempre es de la salvación para el hombre.

Tenemos los argumentos para justificarnos; y si nos hemos ocupado de los bienes materiales, aún sabemos justificar el esfuerzo y la constancia, la paciencia y los sacrificios. A la

vez, la realidad forja un modo de pensar y de sentir; es que no somos libres, al condicionarnos por lo que poseemos. En esa lucha, podríamos perder el equilibrio; lo espiritual pasa al segundo plano y el corazón se queda confundido con lo material; y así podríamos pasar por mucho tiempo. Sin embargo, en algún momento de nuestra vida, debemos desprendernos de lo material, porque el espíritu se fatiga de las vivencias que no puede llevar al otro mundo.

El desprendimiento aún tiene sus propios modos; una vez, perdemos los bienes casi sorpresivamente, nos quedamos sin nada de un día para otro; pero otras veces, alguien los abandona como san Francisco, quizás, sin estar preparado para hacerlo; y luego, el tiempo y la gracia encontrarán las soluciones.

Si tomamos la iniciativa, aún promovidos por la gracia, empezamos a dejar las cosas; entonces el lugar se muestra abierto; es que cada desprendimiento es como vaciar; y si el lugar no se llena de algo, de alguien, podría llenarse del mismo Señor.

Jesús veía las dos formas; Él proponía la plena renuncia de los bienes, a ese camino lo reservaba para sus discípulos; y quizás, tenía en cuenta un desprendimiento moderado para otros; no obstante, aún se crean distintas condiciones en el crecimiento espiritual.

En ciertas circunstancias de la vida, no podemos hablar de un total desprendimiento y tampoco negar, en estos casos, el camino a la espiritualidad. Y los bienes materiales están por el medio; una vez, para abandonarlos y aún crecer en libertad de un espíritu abierto para el Señor; y otras veces, son cosas de cada día que seguimos enfrentando, al estar en la lucha entre la realidad del mundo y la gracia del Señor.

Al poder enfrentarse entre lo material y lo espiritual, viene el crecimiento; aún, vale el espacio lleno de preguntas, de búsquedas, de cuestionamientos; con el tiempo, nos damos cuenta de que muchas cosas no tienen importancia, y nos liberamos cada vez más de ellas; en la medida en que la vida se hace cada vez más sensible para el espíritu, con la misma gracia sacralizamos el mundo del Señor. Entonces, las cosas materiales tienen un nuevo sentido, no están muertas; y el Señor bendice la tierra con sus bienes.

La vida toma el dominio, promovida por el espíritu. Viene el Señor; Él entra en el mundo, para sacralizarlo. Nuestra vida se queda en el camino del Señor, en medio de su Proyecto; como bendecimos el pan de cada día antes de comerlo, del mismo modo, lo hacemos con la realidad que encontramos; el Señor camina por el mundo, lo bendice y también, nuestra vida está a su servicio.

El Señor está en el corazón, ocupa el lugar justo. La vida se ordena según los verdaderos principios; y por eso, todo encuentra su propio espacio. Las cosas materiales reciben el lugar que les corresponde y son bendecidas por el Señor. Aún, se abre el camino de los verdaderos cambios. En nuestra vida, comienza a entrar el Agua pura que viene de la fuente; se van depurando aguas turbias, estancadas. Las aguas turbias, quizás, se queden por mucho tiempo, no obstante, entramos en el camino que tendrá su destino, si queremos seguir hasta el fin.

Aún en medio de un desprendimiento radical, el paso que debemos hacer para que prenda la gracia, es de mucha confusión, pues la gran parte de nuestra realidad entra en el nuevo orden de la vida, y llevará su tiempo. Como las vivencias se confunden con las cosas materiales,

se despiertan nuevas guerras que causan dolor, mientras esperamos lo nuevo.

Con frecuencia, el Señor viene como una buena semilla que brota en la profundidad; hoy, al abrir la vida, enfrenta la realidad que nos duele y no sabemos abandonarla; así Él se ocupa de nosotros.

b. LA LIMOSNA Y LA GRACIA

El Señor me pide limosna

Es dueño de mi vida; no obstante, le hago el favor.

Las cosas cambian; mi vida no es la que debe ser; el Señor viene como un pobre y yo, con mis riquezas.

Aún, debe esperar hasta que reciba lo que me sobra.

¿Qué voy a dar al mendigo de mi vida?

¿Si viene otra vez, lo atenderé?

El mendigo volvía, me pedía un trozo de pan.

Le daba lo que me sobraba, el pan que hubiese tirado.

Lo recibía con reverencia, inclinaba la cabeza y se iba.

Yo volvía a mi vida; es que él venía cuando yo tenía que hacer.

Pasan los días, me voy acostumbrando a ese mendigo.

Casi no me molesta ni me pongo tenso frente a él.

Siempre sonrío, veo cierta felicidad en su cara.

Quizás, la que me falta; yo con mis preocupaciones y él feliz; ¿un mendigo feliz en el mundo?

Así pasan muchos días, y él viene.

Una vez, le pregunté dónde vivía, cómo se llamaba.

Son esas preguntas que parecen no decir mucho.

Se detuvo, me miró con cierta ternura; fue como si buscara en mí; cómo si quisiese seguir.

Se fue con cierta inquietud, con lo que le quedaba entre su corazón y los labios.

Volví a mis cosas, pero me quedé con su mirada, con sus preguntas sin decirlas; ¿qué es lo que quiso decirme?

¿Y por qué esa mirada?

Volví a mi realidad, recordando al mendigo; no me dejaba en paz; y yo que tuve mis cosas resueltas, me desconcerté.

¿Qué quiso decirme?

Aún volvió, algunas veces, para pedir.

Algo cambió entre nosotros; mientras me miraba, yo lo hacía igual, con esa actitud que busca e inquieta.

Luego desapareció, no volvió más; me quedé con mi pan esperándolo.

Varios días pasaron así, pero él no volvió.

¿Vendrá algún día?; parece que no vuelve a mi casa.

Aún quise ver a mi mendigo; lo busqué y pregunté por él: me dijeron que caminaba por otras partes.

¿Se sentía mal con mi pan de cada día o había otra cosa?;

¿por qué no vuelve?

Iba a otras partes, humilde, con su misteriosa sonrisa; con lo que llevaba en su corazón.

Lo que había pasado, sólo él sabe, mientras sigo buscando.

¿Qué es lo que me pasa, si pregunto por el mendigo que no vuelve?; ¿por qué pregunto por él?

Aún, quisiese encontrarlo, pero ¿dónde, y cómo?

En fin, me atreví a salir de mi casa a buscarlo.

Aún tardé en encontrarlo; cuando lo vi, se sonrió.

Su alegría fue inmensa, como diciéndome: supe que ibas a buscarme.

Nos encontramos en silencio; no supe qué decirle y él no tuvo necesidad de hablarme; tan sólo sonreía de felicidad.

En fin, me dijo que podía acompañarle donde él vivía.

Me detuve por un instante, antes de decirle que sí.
Él sonrió una vez más; y se volvió a sí mismo, al leer mis miedos.
Fuimos a su casa; la gente nos miraba; nos conocía.
Quizás, se preguntaba: ¿qué hacen los dos?
Él tranquilo y yo inquieto; íbamos juntos.
Y yo, ¿qué es lo que estaba haciendo?; no sé decirlo.

Me presentó a sus compañeros.
Les dijo que yo les ayudaba con el pan.
Me estrecharon la mano con respeto; aún con sus manos duras, llenas de polvo y de dolor.
Pareció que había fiesta en su casa; ¿qué hacía yo allí?
Sin embargo, hubo algo que me atraía, me llamaba.
Ellos se alegraban; yo estuve feliz.
¿Pero, qué voy a hacer mañana?

c. DEL SEÑOR HACIA LOS HERMANOS

Hay otros valores que nos unen, no es lo material, pues las cosas se quedan como una barrera; pero aún en esos casos, por detrás de las apariencias, está el corazón que podría ser grande. Hay que insistir para verlo, aún más allá de lo material, y comprenderlo con respeto; en eso, creo que la comunidad tiene mucho por hacer.

Si las cosas materiales no deben ser obstáculos ni barreras, podrían estar al servicio de los hermanos.
La comunidad debe ser sensible frente a la realidad, no puede cerrar los ojos, cuando los hermanos necesitan; ella es como una familia, donde se resuelven las urgencias.
Si es una comunidad pequeña, aún más, ve las carencias y responde con el corazón; pues ése se agranda con el Señor y con el servicio cada vez más entregado.

El corazón que se ve promovido por la Gracia, no quiere

quedarse encerrado, sino que desea responder ante la necesidad de los hermanos.

Sería su hora; halla su modo para responder; y si pasa por ciertas dudas, es porque necesita su tiempo para crecer y para abrirse, hasta que su ayuda sea libre y feliz.

Y la comunidad, si es que se abre, ante todo, debe lograrlo ante el Señor y desde su altura, ir expandiéndose, pues en Él, halla los cimientos y la fortaleza.

De otra manera, no sabría llegar a los hermanos; pues si lo intentase, no sería lo que el Señor espera de ella; tan sólo con Él, volvemos a la Vida y a los hermanos.

Una comunidad que mantiene la gran Vivencia del Señor, aún enfrenta los obstáculos, para encontrar la apertura y la comprensión.

Aquí, me quedo para orar por mi comunidad, y comienzo por mí mismo; hay cosas que el Señor debe cambiar.

Si el camino es largo, son pocos los que lo entienden; con el tiempo, tú Señor, haces todo; pero, ¿a cuántas cosas aún debes cambiar en mi corazón, para que se abra para mis hermanos?

Después hay que esperar; y es cierto que, en la medida en que crece mi corazón, puedo soñar en que ellos vayan cambiando; y ellos tendrán su tiempo.

Jesús me espera.

Son muchos los que no alcanzan tus sueños, Señor, de la comunidad que desean; entonces, ¿qué es lo que podemos esperar, si los que te escuchan, no te comprenden?

No obstante, tu gracia nos supera de veras; aún despiertas una comunidad que tú deseas; y conoces el camino y sabes cómo llegar a aquellos que te buscan.

En la medida en que crece la comunidad, se van abriendo los horizontes; pues los vientos del Señor la despiertan.

7. LA VIGA Y LA PELUSA

a. UNA MIRADA JUSTA

Es difícil ver la realidad; nos encontramos a cada rato, con las vivencias que nos sorprenden y aún asustan; debemos estar atentos, no juzgar ni juzgarnos, porque los juicios podrían ser apurados e injustos.

La postura apropiada es dejarnos mirar con respeto; es que quizás, algún día, podríamos intentar ver con los ojos del Señor, lo que sería muy grande; y si es que lograr mirarnos con su luz, parece imposible, aún podríamos aproximarnos a Él, a su mirada; entonces cambiaría nuestra vida.

La madre, al contemplar a su propio hijo, en cierto sentido lo proyecta; así el Señor nos penetra con su mirada y nos encamina. Si nos dejásemos ver por Él, la vida cambiaría, pero, ¿cuánto tiempo precisamos para asumir su mirada, cuando nos limitan los pensamientos y los juicios?

No obstante, lo poco de la gracia que nos llega, igual hace milagros, pues el Señor es muy grande.

Por lo que vemos en los hermanos, aún nos descubrimos cómo somos nosotros; es que la manera de mirarlos, es como si se proyectase en nuestro interior.

Pero aún, en medio de las crisis, llegamos a los hermanos con la luz del Señor que nos transforma; y el cambio se inicia con la mirada que no rechaza ni juzga, la que está plena de comprensión, de misericordia; con tan sólo mirar con amor, ayudamos a reconciliarse con la vida.

Pues, la mirada contiene la gran fuerza: una vez, levanta y sostiene, y otras veces, aplasta y humilla.

Entonces, ¿el Señor está en mi mirada?; ¿puedo socorrer con su gracia a mi hermano?

Hasta que no comprendo al hermano, con su debilidad, por

más grande que fuese, no puedo afirmar que mi mirada esté plena del Señor. La comprensión es una señal que me habla cada día, a cada instante; no hay otro modo mejor para comprobarlo y, a la vez, conocerse a sí mismo.

La mirada aún crece, pues nos detenemos ante la vida, sin buscar juicios, para seguir adentrándonos en las vivencias, al sentir el peso, el dolor y la vergüenza.

Mientras más comprendemos la vida, por la gracia que nos llega, sembramos más luz, aún para el cambio que inicia la reconciliación; llevamos una nueva fuerza, antes de que el hermano se despierte.

Aquí, no quisiera hablar de un cambio cualquiera, ni de las actitudes que solemos considerar como cambios. Pues, hay ciertos cambios aún forzados que quiebran y humillan a la persona; y no son éstos los que duran ni van a dar felicidad. Los verdaderos cambios empiezan en el interior, y reciben comprensión, amor; y están plenos de felicidad, a pesar de que el dolor los acompaña.

¡Cuánta fuerza del Señor puede llevar nuestra mirada que llega al corazón con respeto, sin atropellarlo!

Es una mirada tierna, respetuosa, porque el Señor viene en su modo de comunicarse con el ser humano.

Pero, ¡qué lejos estoy de lo que Jesús quiere de mí!

No obstante, quisiese caminar y aún soñar cada día, ya no tan apresurado, hasta que tu modo de actitud, Señor, sea la realidad en mi vida, que desea ser tuya desde hace tiempo.

Miro a mi hermano y me pregunto, ¿qué es lo que veo?

¿Acaso, es lo que el Señor quiere que vea?

Mi pregunta es constante, sigo caminando; con esa actitud, el Señor me hace vivir su gracia.

Algún día, veré un poco más, y aún se hallará mi hermano; entonces, me sentiré mejor.

Voy buscando la paz, cuando miro a mi hermano.

b. AL VOLVER A SÍ MISMO

En el sendero espiritual, volver a nosotros mismos, es a la vez, encontrarnos con el Señor, Fuente de la Vida.

¿Por qué no queremos volver?; ¿tenemos miedo?

¿No deseamos vernos como somos?

Si tenemos cierta imagen de la vida, preferimos quedarnos con ella, aún engañándonos; no obstante, no se puede vivir todo el tiempo, con lo que no es real; llega la hora cuando, casi forzados, nos decidimos a actuar como regresando a nuestra casa.

El miedo de sí mismo, es por la falta de comprensión, por no amarnos como somos.

No obstante, la huida y aún, la negación de conocernos, no resuelven mucho, pues la vida nos afecta igual, e influye en las actitudes; son las vivencias que, al estar en nosotros, no se quedan quietas; si parecen olvidadas, por un tiempo, son como la cizaña que crece sin sentirse molestada; algún día, aún debemos enfrentarla, pero estará muy arraigada en nosotros.

¿Cómo ver la realidad que nos asusta, nos avergüenza y nos ahoga?; ¿y cómo poder enfrentarla?

Los estados de ánimo no nos ayudan; más bien nos frenan; no obstante, por lo menos, debemos intentar; aún como un ladrón que mira de lejos.

Hay una parte de la vida que no sólo se despierta, sino que más bien, se transforma en otras vivencias, genera nuevos conflictos y nuevo dolor; en fin, no nos damos cuenta de cuánto desorden se ha arraigado, en medio de una realidad no asumida ni pacificada.

Muchos de nosotros, que hasta con cierta agresividad nos fijamos en los errores del hermano, no tenemos asumidos los nuestros; vamos huyendo de nosotros, para criticar a

los demás; ¡y con qué fuerza lo hacemos, con qué maldad y crueldad!; aún, lo hacemos sin darnos cuenta.

Ojalá, las vivencias nos ayuden a volver a nosotros; en la medida en que nos descubramos ante los hermanos, que sepamos volver a nosotros; nos haría bien, a pesar de que no nos gusta ver la conexión entre la pelusa y la viga; pero la viga está en nuestro ojo, no en el ojo del hermano.

Frecuentemente, experimentamos lo de la pelusa y lo de la viga; es que una vez, volvemos a nosotros mismos; es un buen regreso y el hermano nos ayuda a vernos, para iniciar un camino del reencuentro con la realidad; otras veces, en un mal tiempo de la vida, aún intentamos estirar la pelusa en el ojo del hermano; ¿y para qué sirve todo eso?; ¿tan sólo para sembrar más líos en la vida?

La debilidad del hermano repercute en nosotros; la vemos, porque hay algo en nuestro interior que nos conecta con la debilidad; entonces, ¿qué es lo que llevamos que, a la vez, coincide con la realidad del hermano?; es la pregunta que hacemos con frecuencia; pues si lo descubrimos, será por la gracia del Señor; al ver a nuestro hermano, volvemos a nuestro interior, diría aún, al Señor de nuestro corazón; y gracias a Dios que podemos hacerlo.

Volver solo a su propio interior, no es lo mismo que estar asistido; lo que importa, es quién es el que nos acompaña en el regreso, pues por nuestra cuenta, solos, difícilmente volvemos a nosotros mismos.

La gracia de Jesús se expresa con su Presencia: con su Luz y su Paz, su Amor y su Comprensión, aún en medio de los hermanos. Sin embargo, ¿cuánto tiempo necesita la vida, hasta que se impregne de la luz del Señor, de su Paz, de su Comprensión? Y lo asume poco a poco, cuando sufre y se desespera, y se castiga.

La presencia de Jesús transforma nuestra realidad.

Él nos da paz, para la guerra que debemos vivir, y su luz, para caminar en medio de la oscuridad. A la vez, nos llega su comprensión, para que nos aceptemos y reconciliemos; nos toca su Amor, para poder crecer como Él quiere que crezcamos.

¿Quién lo comprende antes de iniciar el camino?

¿Quién nos dará fuerzas para confiar en Jesús?

¿Habrá alguien que despierte la Gracia, para poder volver al Señor, a la Vida?

Pues, si estuviese ese alguien, sería más que un ángel.

Es largo el camino que recorreremos con Jesús, para volver a nosotros mismos; hay cierta lógica en el regreso; la gran parte viene del Señor, para hallarnos, para ser felices.

Algún día, no nos molestará vernos, a pesar de que la vida esté llena de debilidades; pues, estará plena de Jesús, de su Paz, de su Amor, de su Comprensión, al asumir a la vida y viéndonos con el Señor, pues la debilidad atrae su gracia.

Sin la comprensión que viene del Señor, no llegamos a la reconciliación, donde la realidad ya no nos pesa, sino que se transforma en gracia.

Sin el amor del Señor, que aquieta los sentimientos y los sublima, no podemos lograr la verdadera libertad.

Porque el amor y la comprensión son los que nos sitúan en el Proyecto del Señor; nos abren a la vida.

Así la vida ya empieza a girar como el Señor la proyecta, pues partimos del hermano, de su debilidad, y por la gracia del Señor, volvemos a nosotros; nos hace bien recorrer ese camino, mientras Él obra.

Ahora, ya reencontrados y felices, con el Señor, volvemos a los hermanos, por las debilidades que los desgastan; pero con una mirada que no los juzga y los comprende.

Entonces, ¿será un buen tiempo de la gracia para nuestros hermanos?

Los hermanos se sorprenden; se preguntan de dónde surge esa actitud; y pronto verán que viene del Señor.

Al ver que los comprendemos y los amamos, sabrán que el Señor había estado con nosotros; nuestra vida es testigo de que de Él habíamos recibido la gracia.

Una vez, me dijo uno de mis amigos: "si nos comprende tanto, cuánto pasó en su vida"; y le di la razón.

El Señor es grande, está por sobre todas las cosas.

Él bendice nuestro tiempo que parece perdido, para que se transforme en una gracia más grande aún.

8. LA CASA CONSTRUIDA SOBRE LA ROCA

a. AL ASUMIR EL EVANGELIO

Lo que nos desconcierta es la distancia entre nuestra vida y la que debiese resurgir de los principios evangélicos; nos cuesta asumir la propuesta de Jesús.

En nuestros días, aún existe cierto conformismo; se busca algún modo, para asumir la distancia entre la realidad y los ideales; se cree que el Evangelio es una utopía; si algunos la buscan, hay que permitirles que lo hagan, por el respeto que merecen, aún, en los casos cuando exageran; pero no se quiere tomar en serio el Mensaje de Jesús.

Para algún sector, es tener en cuenta sólo alguna parte de su Mensaje, aún aislada del contexto, y no comprometerse de verdad; y si esa postura tiene sus motivos, nos quedaría respetar la libertad del ser humano; entonces, ¿por qué el mismo quiere seguir con el nombre de cristiano?; pues, si actúa con cierta incoherencia, tampoco es consecuente en el camino de la vida; en fin, el nombre de cristianos está reservado para los verdaderos seguidores de Jesús.

Al cristianismo aún le cuesta ver el Evangelio en toda su dimensión, con la plena coherencia que se merece; es que asumimos todo el Evangelio o casi nada.

El Evangelio es como una rueda en pleno movimiento; en la medida en que nos comprometemos, la actitud nos lleva a otros compromisos; y si lo tomamos con seriedad, se nos abre el sendero para otras vivencias, en medio de la plena vivencia del Evangelio; y al revés, un error genera otros aún más grave. No obstante, si insistimos, podemos llegar al verdadero Mensaje de Jesús; y con ése, Él eleva la mente y el corazón, pues su Palabra penetra de modo muy profundo, logra transformar a nosotros y a la realidad, según los principios del Señor.

Los que quieren tomar sólo alguna parte del Evangelio, no llegan lejos ni pueden disfrutar de toda la dimensión del Mensaje, ni de la Obra del Señor en sus vidas.

Muchos de nosotros estamos en ese camino; y si queremos hablar en medio de las vivencias, ¿qué es lo que, de veras, transmitimos a los hermanos?

No obstante, si alguien recibe algo de Jesús, hasta en esas circunstancias limitadas, está sembrada toda la dimensión del Mensaje, y tan sólo hay que esperar a que nuestra vida se abra a todo el Evangelio, a un Jesús pleno.

Para que el Evangelio se haga Vida en nosotros, hay que darle el espacio que se merece; aún, si lo leemos con cierta frecuencia, meditándolo, nos abrimos cada vez más; algún día, el corazón se dispone a recibir lo que Jesús nos ofrece, y en medio de esa actitud, se calma; y se abre de nuevo, el Camino, pues Jesús viene a enfrentar nuestra realidad.

Sufrimos por las debilidades que no dominamos, pero aún no le permitimos a Jesús que obre en nosotros.

Si nos dejásemos llevar por Él, la crisis podría ser resuelta; es que Él está más allá de la realidad; y por más grave que fuese la vivencia, hay que dejarla al Señor, aún, darle el tiempo, que Él la asuma en el camino por donde nos lleva.

En fin, Jesús reconstruye la vida sobre los fundamentos del Señor, no sobre nuestros principios que nos llevan a la destrucción; pero, ¿quién lo ve antes de iniciar el camino?

La reconstrucción sobre los cimientos del Señor implica el camino de las transformaciones, aún en medio del dolor y de la confusión; y mientras se conmueve la vida, se caen los principios débiles, los que íbamos construyendo.

No obstante, difícilmente encontraríamos el camino, si no nos acompañasen los hermanos que presienten el cambio; y ellos nos transmiten la luz del Señor, cuando estamos en

medio de la oscuridad.

Muchas veces, quisimos salir de la debilidad sin vivir ese cambio, sin sentirlo ni sufrirlo, y no es posible, porque la maldad se había grabado muy hondo; ahora, Jesús enfrenta la realidad y, a la vez, la reconstruye en su tiempo; pero es bueno que alguien nos acompañe con la luz, en un camino difícil.

b. LA COMUNIDAD

La comunidad asume las vidas de los que siguen buscando al Señor; es como un oasis para los que cruzan el desierto; en ella, buscan agua y vida.

Pero si no la encontrasen, ¿adónde irían?; ¿y qué harían en el tiempo de atravesar los desiertos?

La vida es ésa; necesitamos donde apoyarnos, es que solos no la podemos resolver; quien lo niega es porque aún tiene cosas que enfrentar, antes de que se abra a la comunidad.

La vida de por sí está abierta a la comunidad; y si no lo es, es porque hay cosas por el medio.

Mientras no sabemos acercarnos a la vida comunitaria, por lo menos, tengamos noción de que es una necesidad del ser humano que debería abrirse en ella, al vencer todos los obstáculos que lo atan, y le impiden el acercamiento.

La apertura en la comunidad es uno de los buenos signos; quien no la toma en cuenta, es porque es insensible ante la necesidad de su propio corazón.

No sería tan sólo para que la comunidad nos condicionase; sin embargo, nos realizamos en medio de la convivencia; es que no se debe hablar del crecimiento en medio de un aislamiento que perdurase por siempre; y si es bueno por algún tiempo, es para volver a la comunidad, aún trayendo la riqueza del corazón.

Hasta que no comprendamos que el crecimiento precisa de

la soledad y de la convivencia, y no veamos que la soledad nos prepara para las convivencias, aún no podemos hablar de un crecimiento sano; pues la vida necesita de las dos; en otro caso, se aísla o se hunde en la sociedad.

El hombre necesita de la comunidad; si se ve débil, espera su apoyo, su comprensión; la comunidad le da su tiempo y las perspectivas de la vida; aún despierta las confianzas en medio de los cambios que él debe experimentar, y le da la visión de lo nuevo y diferente.

En la comunidad, esperamos encontrar las fuerzas que nos harán caminar más seguros; ante todo, debemos hallar la fuerza en nuestro interior; en algún sentido, la comunidad nos acompaña por lo que debemos ver en nuestro corazón. Luego, con nuevas fuerzas, volvemos al mundo para poder servir generosamente con lo que hemos recibido; y no es que la comunidad lo exija, sino que nos hace bien; lo que recibimos, aún se transforma en la Gracia que vuelve a los hermanos.

No siempre tenemos una imagen buena de la comunidad, y que representase los valores que seguimos buscando; pero lo cierto es que, si invertimos en la Comunidad, mañana vuelve a nosotros y lo reciben los hermanos; por eso, hay que luchar despertando las esperanzas, hasta que logremos la comunidad que deseamos.

Aún debemos buscar cómo fortalecer los valores; a la vez, crear el clima para que la comunidad encuentre a aquellos, que se sepan entregar su vida por ella misma.

Si nuestra comunidad logra ser un Signo de Vida, atraerá a muchos y hará resurgir a muchos más.

La comunidad hace su propio camino del crecimiento; aún tiene sus encuentros y convivencias, para unir los valores de los que la integran. Con el tiempo, va a ir despertando

su propia fuerza, que le viene del Señor; y es como con la vida de una planta que empieza a descubrir su desarrollo. Quien ve en su vida la Gracia que lo promueve, del mismo modo, la ve en la comunidad; es que ella empieza a vivir de verdad.

La presencia del Señor es el sostén de la vida cristiana. Mientras Él viene, una vez, lo vemos en la comunidad, nos nutrimos de ella; otras veces, lo vivenciamos en nosotros, para compartirlo con los hermanos; pues, todo comienza en el Señor.

Hasta que la comunidad no descubra la presencia de Jesús, no debería llevar el nombre de una comunidad cristiana; y si lo descubre, asumirá su Gracia.

c. EL AMOR

El Amor es el signo preclaro de la comunidad, el clima en el cual se desarrollan las vidas de sus integrantes; a la vez, cada corazón aporta lo suyo; lo grande o lo pequeño de su vivencia interior.

Intuimos que, algún día, nuestra comunidad logre amarse como Jesús nos ama; es el deseo que el Espíritu deja en medio del cristianismo; y mientras tanto, hay que luchar, pues la gracia implica el esfuerzo.

Cuando la comunidad empieza a soñar y aún desea llegar al Amor de Jesús, viene la hora de la Gracia; y no importa el tiempo ni las adversidades que la postergan, pues ese deseo alimentado en la oración, llevará lejos y, de hecho, hará recorrer el camino del Evangelio.

El deseo lleva una actitud solidaria, pues ayuda a enfrentar la realidad de la vida; si es que debemos resolverla, es para crecer en Jesús.

Es tan importante creer en una comunidad de Amor.

Hablamos del amor como señal de la vida; aún buscamos el fundamento donde sostenernos. Si bien, es un deseo que surge en el corazón, se torna en una gracia que brota en el Señor; y Él se manifiesta como una corriente de Amor; y cuando la vida la halla, se calma.

Jesús iba despertando la Corriente, y la transmitía con su Presencia; los que lo oían, la presentían en su corazón.

Él fue la Corriente del Amor que transforma vidas.

Al encontrarnos con el Gran Amor, empezamos a crecer; pero aún necesitamos esperar, pues nuestras vidas están trastornadas, por estar lejos del Amor.

El Amor nos permite vernos en la raíz de nuestro ser.

Esa raíz, si busca al Señor, se renueva; es el Amor del Padre que transforma nuestra vida.

Como Jesús lleva el Amor del Padre, en su Corazón, del mismo modo, caminamos plenos del Amor.

Si la Vivencia nos transforma en medio de una comunidad que lleva el Amor, vamos reconstruyendo el mundo hasta donde alcance nuestra mirada; y con la presencia, estamos en la gran Obra del Señor.

La comunidad que logra ser signo del Amor, aún atraerá a otros hermanos; será como un Fuego del Señor.

9. VOLVIENDO A LA OBRA DEL SEÑOR

a. ¡VEN, ESPIRITU!

¡Ven, Espíritu Santo!

Tal como descienes en el tiempo de Jesús, ¡ven hoy!

El mundo espera que Jesús llegue a los pueblos y aún, que lo reconozcan y acepten de corazón; ¡ven en nuestros días!

Si estás, el mundo debe reconocerte; será tu tiempo, Señor, y la hora para los pueblos.

Juan reconoce a Jesús por tu Presencia.

Tú abres la misión de Jesús que viene del Padre.

Si el Pueblo desea encontrarse con el Señor, aún ve cómo descienes sobre Jesús; de otro modo, no le responde.

Si hoy, no acepta a Jesús, es porque no te ve; aún sigues siendo desconocido, casi ausente para tu pueblo.

A los veinte siglos del anuncio de Juan, el mundo aún está lejos del Día de la Gracia.

Creo que, en algún tiempo, vamos a alimentarnos aún más, con aquella vivencia; los cristianos van a hallar la fuerza del mensaje, pues es la herencia que debe resonar aún más.

Si hay ciertos anuncios, es porque la hora está por llegar; y si tarda, es para que se manifieste más plenamente.

¡Ven, Espíritu Santo! ¡Ven en nuestros tiempos!

b. TÚ ERES LA VIDA DE JESÚS EN MI CORAZÓN

Tú eres la Vida de Jesús en mi corazón.

La engendraste, y le hiciste crecer a Jesús; y cuando mi corazón se abría a la gracia, me inspirabas.

¿Qué sería de Jesús en mí, si te hubieses quedado lejos?

Ahora, deseo reconocerte, te voy buscando en mis tiempos perdidos y me das tu luz para ver tu Presencia, tu Obra.

Si Jesús es cada vez más grande, en mí, es porque tú estás.

¿Adónde quieres llevarme en tu Obra misteriosa?
¿Acaso, no quieres que Jesús siga creciendo?
Me veo como un granito de arena en medio de las olas; y
me llevarás lejos; pues tus vientos y tu agua son fuertes.
¿Adónde quieres llevarme en tu Proyecto?
Si te digo que vengas, es porque estás en mi vida; aguardo
tu Presencia.

Te presiento en mi corazón, porque Jesús me inunda con
su Amor; mi mente gira, mi corazón arde.
¿Hasta que espacio eres tú, Espíritu de Amor?
¿Hasta qué espacio Jesús, el Amor vivo del Padre?
Sin ti, no podría ver a Jesús ni comprender su Amor, por
más grande que fuese; y como estás, vive Jesús en su hijo
predilecto; ¿acaso, soy ese hijo?
Si me atrevo a pensar así, es porque me estás inspirando.

¿Cómo recibiría la Paz de Jesús, si no estuvieses?
¿Cómo me llegaría el Perdón que viene del Padre, si aún
no soplastes en mi espíritu?
Tu Presencia es grande, inmensa.
Es que, sin ti, Jesús se hubiese quedado a la puerta de mi
corazón, respetando tu tiempo.
Pero llegas y viene Jesús con la Paz y con el Perdón.
Empiezo a verlo como un ciego que recupera la vista, aún
recibe tu gracia.

Transformas mi vida en medio de las cenizas.
Haces entrar a Jesús para que se manifieste en mí.
Estás, mientras Jesús hace milagros; soplas en mi fe, para
que responda ante Jesús que me espera.
Lo que ha hecho Jesús, es porque estás en Él y en mi vida;
hoy, lo veo agradecido y avergonzado, yo, pequeño.

Me llevas en el camino que el Padre proyecta para mí.

¿Qué harás de mí, si lo que haces es tan grande?
Ahora, más consciente aún, dejo en tus manos mi espíritu,
para que se cumpla tu misión.
Aún, deseo verte descender sobre Jesús.
Si me pones frente a tu pueblo, te espero.
Creo que el pueblo te presiente.
¿Adónde me llevarás en el camino, que el Padre ha sellado
sobre mi vida?

c. BROTARÁ LA VIDA

Si la comunidad lleva la Presencia del Espíritu, recupera
su Vida; entonces, sopla un nuevo viento en ella; es que el
Espíritu la resucita y le da una plena vida.
La comunidad vive su resurrección; Jesús es el Centro, la
Imagen de la Transformación.

La oración lleva vida, y guarda la Presencia del Espíritu.
Sin Él, para nada sirven los esfuerzos y fatigas.
La oración que nace en el Espíritu, conmueve al Señor; así
entramos en su Obra que el hombre apenas comprende.
Aquellos que invocan la Presencia del Espíritu, llevan la
Presencia del Señor que les inunda; se ponen a su servicio
sin reservas, pues, ¿cómo poner condiciones al Espíritu?

Los vínculos del Amor en la comunidad son fuertes, en
medio del Amor del Padre encarnado en Jesús.
Es que para nada serviría todo el esfuerzo, si el Espíritu no
actuase en ella; ahora, la comunidad vive la promesa; es
que Jesús le había prometido a enviarle al Espíritu.
La oración es la espera de la comunidad; cuando llegue la
hora, Él la inundará; pero antes, la comunidad recorrió el
camino con Jesús.

A los dones que el Señor nos entrega, el Espíritu los lleva
a las alturas, para que, fortalecidos en Él, sirvamos al

Señor en el mundo.

Si la comunidad lleva su carisma, vive en plena armonía; pues el Espíritu dispone lo necesario en medio de un solo cuerpo de la comunidad; aún, los dones se manifiestan en ella; y desde ella, en el pueblo.

El Espíritu se manifestará plenamente.

La comunidad hablará en la nueva lengua con la Palabra y las Obras, en el tiempo de la Luz.

Se abrirá en su misión delante del mundo.

Será un nuevo Día del Señor y la Gloria será sólo de Él.

Entonces, el Bautismo, la Confirmación, la Reconciliación y la Eucaristía recuperan la plena Vida en la comunidad que descubre al Espíritu; los sacramentos se abrirán aún en abundancia; no serán como signos tolerados o rechazados.

La comunidad se hallará en los Sacramentos, por la Luz y el Poder del Espíritu; los Sacramentos entrarán en su casa, bien recibidos.

La comunidad descubrirá la Obra del Señor, sellada con su Poder, y los Sacramentos serán signos de Jesús ungido con el Espíritu.

Los iluminados del Espíritu aún volverán de un modo muy profundo, al verdadero valor de los Sacramentos; pues el Espíritu les hará ver.

Cuando los cristianos siguen perdiendo el sentido de los signos, los que reciben al Espíritu, vuelven con una nueva Luz, para poder manifestar los Sacramentos como Obra del Espíritu.

Brotará la Vida; por donde pasases, la verás abundante.

La Vida nos transformará en manantiales, que se abren en el mundo y aún pasan por los desiertos; y donde el Señor nos pone, surgirá nueva Vida.

Me queda mirar cada vez más lejos; y cuando más lejos

llego, veo más de la Obra del Señor.
Bendito eres, Señor, por haberme permitido compartir tu
Vida, en el mundo que es tuyo.

Seguimos soñando en la comunidad plena del Espíritu, la
que halla a Jesús en su vida; pues, si asume la promesa,
recibirá al Espíritu para poder llevar la Obra de Jesús en el
mundo; esa comunidad cumplirá con su misión.

La Presentación del Señor, 1994

Prefacio	3
1. La Palabra del Señor	5
a. me dejo llevar por tu Palabra	5
b. tu Palabra es sagrada	8
2. Serán la sal y la luz del mundo	11
a. ¿hasta dónde llega tu Palabra?	11
b. la Luz está en las raíces del mundo	13
3. Una ley perfecta	17
a. la ley de los corazones	18
b. el canto de la libertad	20
4. A amar a todos los hombres	23
a. la Civilización del Amor	23
b. un amor puro	24
c. Jesús nos compromete	26
5. La oración	29
a. te busco en mi corazón	29
b. al fluir la Vida	32
6. La limosna	35
a. el desprendimiento	35
b. la limosna y la gracia	39
c. del Señor hacia los hermanos	40
7. La viga y la pelusa	43
a. una mirada justa	43
b. al volver a sí mismos	45
8. La casa construida sobre la roca	49
a. al asumir el Evangelio	49
b. la Comunidad	51
c. el Amor	53
9. Volviendo a la obra del Señor	55
a. ¡Ven, Espíritu!	55
b. tú eres la Vida de Jesús en mi corazón	55
c. brotará la Vida	57